

Recuerdos de José Gorostiza

Alí Chumacero

Era José Gorostiza una contradicción entre su obra poética y su forma de ser. Al incendio de su pluma correspondía un hombre de maneras suaves, de palabras pronunciadas casi en susurro, de breves ademanes. La intensidad de su imaginación, manifiesta particularmente en *Muerte sin fin*, delataba un arduo cultivo del mundo interior, un fervoroso afán de ahondar en el espacio por medio de la emoción, una avidez del espíritu que, cuando trascendía en expresiones líricas, contrarrestaba el reverso de su habla, tan pausadamente pronunciada que parecía confiar en la paciencia de su interlocutor. En el trato social —en bares, en reuniones, en el diario vivir— dejaba de lado el ímpetu tormentoso con que creó algunos versos memorables («esbeltos címbalos que dan al aire/sus golondrinas de latón agudo», «la egregia masa de ademán ilustre/podrá caer de golpe en la ceniza», «un desplome de ángeles caídos a la delicia intacta de su peso») y tornaba la voz en un vehículo amable apenas matizado con un poco de ironía.

La petulancia nunca fue una cualidad que lo perturbara. Su discreción lo defendía de prestigios, notoriedades, renombres, famas o reputaciones. Iba de la modestia al respeto de sí mismo, y hasta de la inteligencia —distintivo de su entendimiento— hizo una soledad iluminada, un oportuno pretexto para infundirse ánimo ante lo indeclinable. Sin embargo, su poesía se significaba por intenciones distintas. Al frente de *Muerte sin fin* transcribió tres proverbios del tercer rey de Israel, Salomón, referidos precisamente a la inteligencia. En el primero de ellos ésta afirma su imperio: «Yo soy la inteligencia; mía es la fortaleza»; en el segundo se ufana de haber acompañado a Jehová en la prosecución de sus tareas: «Con él estaba yo ordenándolo todo; y fui su delicia todos

los días, teniendo solaz delante de él en todo tiempo»; y luego, en el último, hace una sucinta amonestación al género humano: «El que peca contra mí defrauda su alma: todos los que me aborrecen aman la muerte». Y Muerte sin fin, al concebir la inteligencia humana con una ola del tiempo sujeta a la aniquilación o como un páramo sólo capaz de producir metáforas perecederas, anuncia su ineficiencia y, por consiguiente, la fragilidad de la soberbia. El reconocimiento de esa destrucción, el horror a desaparecer, el temor a Dios, el pavor de regresar a la raíz —cuestiones constantes en sus reflexiones poéticas—, nada tenían que ver con el carácter apacible del Gorostiza que yo conocí. Por el contrario, quien no supiera de quién se trataba podría confundirlo con un displicente caballero inepto para abordar asuntos tan escasamente gratos.

En tiempos lejanos, José Gorostiza y yo concurríamos a veces a las corridas de toros (temporada taurina 1949-1950). Fue uno de los contados escritores que a la pasión por las artes bellas sumaban el placer de aprovechar las aburridas tardes domingueras contemplando cómo la brutalidad de la bestia y el sentimiento del torero se convierten en melodía y, por supuesto, en un relámpago suspendido entre el fluir de la gracia y la permanencia del peligro. Nos citábamos, con algún otro amigo, a almorzar en un restaurante a la hora propicia en que empezaban a circular los taxis «peseros» que nos trasladarían a la plaza. Durante la comida hablábamos, naturalmente, de tauromaquia, ciencia esotérica de la cual Gorostiza no estaba del todo desprovisto, y así preparábamos la atención para esperar —cuando estuviésemos en el caos del tendido— el sonar del clarín iniciando el orden.

Para la tranquilidad de los antitaurinos, testifico que durante el esplendor o el fastidio de la fiesta el poeta de Muerte sin fin no desbordaba el entusiasmo habitual con que suele exhibirse el aficionado al bárbaro espectáculo. Sus reacciones, nada efusivas, se restringían a la complacencia, al aplauso atenuado y, a menudo, al gesto reprobatorio ante alguna fallida actuación de los espadas. Tras la corrida, los comentarios obligatorios se sucedían en la misma tesitura, sin que Gorostiza mostrara un aprecio mayor del arte de Cúchares que el juicio contenido en sus moderadas impresiones acerca de lo que habíamos presenciado. Su proceder no era radicalmente distinto de su acostumbrada conducta en la cercanía de la amistad. No hacía sospechar el vigor, la malicia, la penetración, la elasticidad, de que se hallaba dotado su espíritu.

Años después (1960) escribí un texto de presentación para el disco que, con la voz del poeta, incorporó la Universidad Autónoma a su serie «Voz Viva de México». Aproveché el viaje para abordar varios aspectos de su poesía que me interesaba recalcar, en especial los relativos a las ideas que la hicieron nacer. Hablé allí de la sabiduría, de la inteligencia, de Dios, de la soberbia, de la muerte, del fracaso, de la desilusión, del infortunio de la conciencia, de la involución del tiempo... «Ante la adversidad —escribí solemnemente—, cuando

Gorostiza ha liquidado aun la más íntima esperanza, recurre a la violenta descripción de la naturaleza que, olvidada de toda hermosura, se sujeta a las reglas de una atormentada vorágine donde los seres vuelven a su origen.» Aunque afín a la totalidad de las interpretaciones que tantos críticos han hecho de Muerte sin fin, mi opinión me satisfacía por ser consecuencia de una lectura devota, sumisa, frecuente, dócil, atenta, revestida de humildad. Era el homenaje que el escritor todavía en proceso rendía al notable poeta. Meses después de editado el disco, nos abocamos Gorostiza y yo en el Teatro Xola –hoy Teatro Julio Prieto– durante una función. Me vio con simpatía, se dirigió hacia mí sonriendo y muy afectuosamente me dijo: «Me agrada que mis amigos me expliquen lo que quise decir en mi poema».

De común acuerdo Gorostiza y yo preparamos en 1963 su poesía, casi completa, que publicó el Fondo de Cultura Económica al año siguiente. Yo había llevado a cabo las normales indagaciones para reunir, junto con los títulos ya impresos –Canciones para cantar barcas y Muerte sin fin–, lo que se conservaba empolvado en publicaciones periódicas. El volumen apareció sin adicionar varios poemas que yo había copiado de revistas como San-Ev-Ank (1918), Revista Nueva (1919) y El Maestro (1921). Gorostiza no había accedido a aceptar todas las composiciones por mí propuestas porque su «mala calidad» afearía el conjunto del libro.

Para el grupo de escritores jóvenes de que yo formaba parte en el año 1940, la poesía de José Gorostiza fue un hallazgo inusitado. La leíamos y releíamos y nos comunicábamos la admiración que en cada uno de nosotros producía. Coincidíamos con él en su intento de hurgar con la palabra más allá de la superficie de los conceptos y poner a flote el impulso invisible que mueve las apariencias. A este respecto, en el discurso pronunciado, en 1955, en su recepción como miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, Gorostiza ratificó su antigua creencia estética. Contó en esa oportunidad que, a la pregunta de alguien acerca de qué es la poesía, había respondido que «es una investigación de ciertas esencias que se produce en un esfuerzo por quebrantar el lenguaje de tal manera que, haciéndolo más transparente, se pueda ver a través de él dentro de esas esencias». Esta observación se corresponde con otra que, en 1937, expresó sobre los propósitos literarios de su generación literaria –la de la revista Contemporáneos– cuando señaló que la poesía no es embriaguez verbal, sino que implica «rigurosas disciplinas intelectuales». Lo anterior, complementado con la certeza de que la poesía, por «pura» que se la pueda considerar, es un producto de la vida, nos hacía aplicarnos mayormente a esa lectura. «El mundo poético –escribió Gorostiza– se edifica precisamente en las zonas más vivas del ser: el deseo, el miedo, la angustia, el gozo..., en todo lo que hace, en fin, hombre al hombre.»

Así recuerdo a José Gorostiza, que en la zona lírica de las letras mexicanas perdura como una especie de ángel del abismo. Pero aquellos que tuvieron trato con él saben que, afortunadamente, la contradicción entre la obra y la persona era el fruto de una saludable separación de bienes. El poeta guarda el sitio que le otorgamos; la persona fue solamente un hombre como cualquiera de nosotros.